

SEIS ADVERTENCIAS SOBRE “EL PRINCIPITO”

fgi

1ª Advertencia

Más que una fábula, *El Principito* es un berrinche. Es la rabieta misógina y hurafña de un hombre que se considera herido por el desamor de una mujer y por la incomprensión del resto de los hombres. Su resentimiento se manifiesta de un modo constante en el uso peyorativo de la expresión *personas mayores*:

Cap. I

- «Mostré mi obra maestra a las *personas mayores*...»
- «Las *personas mayores* me aconsejaron que dejara a un lado los dibujos...»
- «Las *personas mayores* nunca comprenden nada por sí solas...»
- «Las *personas mayores* siempre necesitan explicaciones...»
- «Viví mucho con *personas mayores*...»

Cap. II

- «Las *personas mayores* me desalentaron de mi carrera de pintor...»

Cap. IV

- «Las *personas mayores* aman las cifras...»
- «Las *personas mayores* son así...»
- «Es por las *personas mayores*...»
- «Si decís a las *personas mayores*...»
- «Los niños deben ser muy indulgentes con las *personas mayores*...»

Cap. VII

- «¡Hablas como las *personas mayores*!»

Cap. X

- «Las *personas mayores* son bien extrañas...»

Cap. XI

- «Las *personas mayores* son decididamente muy extrañas...»

Cap. XII

- «Las *personas mayores* son decididamente muy pero muy extrañas...»

Cap. XIII

- «Las *personas mayores* son enteramente extraordinarias...»
- «Tenía ideas muy diferentes de las ideas de las *personas mayores*...»

Cap. XVI

- «Dos mil millones de *personas mayores*...»

Cap. XVII

- «Las *personas mayores*, sin duda, no os creerán...»

2ª Advertencia

Para difundir sus fobias, el autor, como los ventrílocuos, se sirve de un muñeco. Callado, el muñeco parece un niño en el umbral de la adolescencia, pero, tan pronto abre la boca, desvela su condición de *persona mayor* aniñada. En seguida sospechamos que se trata de un alter ego del autor. Recordemos algunas frases del punto anterior: «Las personas mayores nunca comprenden nada por sí solas... Las personas mayores son bien extrañas... Las personas mayores son

así...» Unas las ha dicho el principito, otras el aviador. ¿Quién dijo cuál? Imposible decirlo. El pretendido diálogo es, en realidad, un monólogo.

3ª Advertencia

El principito no solo carece de voz propia: también sus conocimientos se adaptan al interés cambiante del autor. ¿Cómo admitir que desconozca las palabras «admirar», «geógrafo», «domesticar» o «rito», mientras maneja con soltura «disciplina», «catástrofe» o «baobab»? Sin duda, su ignorancia sobre el significado de las primeras no es más que un ardid del ventrílocuo para exponer sus propias ideas a través del muñeco. Igualmente extraño resulta que el niño reconozca un elefante dentro de una boa o distinga un cordero de un carnero, pero nunca haya visto un zorro o una serpiente.

Inconsistencias así jalonan todo el relato. En el capítulo XXII, el principito reflexiona: «Solo los niños saben lo que buscan. Pierden el tiempo por una muñeca de trapo y la muñeca se transforma en algo muy importante, y si se les quita la muñeca, lloran». La generalización es impropia de un niño que no ha conocido a otros niños; el sentimiento, inverosímil en quien jamás ha tenido una muñeca (ni siquiera ha tenido quien se la regale: es único en su especie, carece de progenitores, su génesis es un misterio).

El material narrativo de esta obra es tan pobre que se desconcha a cada párrafo: en el mismo capítulo en que el niño manifiesta su ignorancia respecto al zorro, dice que «no era más que un zorro semejante a cien mil otros». Si es la primera vez que ve un zorro, ¿cómo es que habla como si conociera cien mil? Se podría argumentar que el niño sabe de su existencia a través de las palabras escuchadas a su zorro: «No soy para ti más que un zorro semejante a cien mil zorros». Pero si así fuera, estaría actuando en la misma forma que acaba de reprochar al hombre, cuando al escuchar el eco de su propia voz afirma que «los hombres no tienen imaginación: repiten lo que se les dice».

4ª Advertencia

La conducta social de Saint-Exupéry no fue menos confusa que la literaria: se consideraba pacifista pero era piloto de guerra. Probablemente, también se considerase demócrata, pero expuso sus ideas a través de un personaje monárquico. Lo peor es que, al hacerlo parecer un niño, inculcó sus deficiencias en los niños lectores.

El encuentro del principito con el rey es bastante inquietante. Cuando el monarca se jacta de que hasta las estrellas le obedecen, un poder tal debería horrorizar a cualquier amante de la libertad. Sin embargo, al niño le maravilla y llena de envidia: «¡Si él lo hubiera detentado...!». Saint-Exupéry escribía estas líneas al tiempo que Hitler intentaba hacer realidad unos sueños de poder muy parecidos a los aquí ensalzados. Si el poder absoluto debe repugnar en cualquier época, ¿no era esa, precisamente, una de las menos idóneas para hacer su apología? Aún podemos encontrar otra connotación entre Hitler y el principito en la fascinación por el genocidio. El principito encuentra «magnífico» el manto de armiño con el que el rey cubre todo el planeta, sin que le preocupe cuántos animalitos hubo que matar para hacer un manto así. Seguramente, ni se le ha pasado por la cabeza (los niños no se preocupan por las cifras, dice el autor).

En todo caso, no hay motivos para pensar que Saint-Exupéry sea fascista. Es solo que se asusta de los que piensan. Por eso, su rechazo hacia las personas mayores no alcanza a todas. El principito confiesa que de todos los personajes conocidos el que más le gusta es el farolero, alguien que consume su

vida afanado en algo que no comprende, que no hay que comprender: «La consigna es la consigna.» ¿Otra connotación?

Lo cierto es que en este capítulo no hace falta entrar en profundidades para tropezar con afirmaciones inadmisibles, como cuando el principito dice que el rey «era un monarca *absoluto*, pero *muy bueno*». El antagonismo entre estos términos ya había sido expuesto, siglos antes, por las mentes de los ilustrados, mucho más esclarecidas que la de Saint-Exupéry. El mismo niño desmiente la bondad del monarca al rechazar el cargo que se le ofrece porque eso lo obligaría a firmar condenas de muerte. También reconoce que este rey tan *bueno* «no toleraba la desobediencia». Parece que en el juicio del principito pesa más la estirpe que su condición infantil, porque «¿qué sería de los niños sin la desobediencia?»¹

5ª Advertencia

El mensaje de Saint-Exupéry puede llegar a ser muy dañino, porque desconoce el amor. Lo más parecido al amor que ha sentido es la domesticación. Por eso él dice «domesticar» donde otros decimos «amar». En el capítulo VII hay un simulacro de discusión entre el aviador y el principito acerca de las mujeres. No es que discutan dos personas, sino que el ventrílocuo se sirve del muñeco (ya lo dije) para evocarse a sí mismo, años antes, cuando aún defendía la ingenuidad y la debilidad femeninas porque su corazón no había sido endurecido por la «maldad de las flores»². Más adelante, la misma voz advertirá del peligro femenino: «Las serpientes son malas. Pueden morder por placer».

6ª Advertencia

Todo resentimiento desemboca en el mar de la segregación. El de Saint-Exupéry no escapa a la norma, de ahí su disertación sobre las buenas y las malas hierbas: «Si un baobab no se arranca a tiempo, ya no es posible desembarazarse de él. Invade todo el planeta. Lo perfora con sus raíces. Y si el planeta es demasiado pequeño y si los baobabs son demasiado numerosos, lo hacen estallar. No me gusta mucho adoptar tono de moralista. Pero, por una vez, salgo de mi reserva. Y digo: ¡Niños! ¡Cuidado con los baobabs!» ¡Cuánto odio hay en este anatema! Da igual contra quienes alerte Antoine, contra las personas mayores o contra las mujeres. En cualquier caso, su rencor universal navega en las mismas aguas que las persecuciones de negros, de judíos, de comunistas... *El Principito* fue publicado por primera vez en los Estados Unidos, país que desató poco después una feroz caza de brujas contra la inteligencia³. No culparé a Saint-Exupéry de los desmanes de McCarthy, pero no me cuesta verlo del brazo de Disney camino del Tribunal de Actividades Antiamericanas para declarar contra las personas mayores.

¹ Jean Cocteau.

² Consuelo Suncín, esposa de Antoine, fue la rosa de *El Principito*. Dos años después de la muerte del aviador, escribió sus *Mémoires de la rose*, donde revela cómo su marido violentó su voluntad ya el primer día en que se conocieron. Luego, durante los catorce años que duró su matrimonio, Consuelo hubo de soportar las continuas ausencias e infidelidades de su marido, además del escarnio del círculo de adictos, aduladores y gorriones del escritor (entre ellos, André Gide, que la detestaba).

³ Hay numerosos ejemplos del tipo de emociones que aquellos acontecimientos despertaban en los escritores verdaderamente sensibles. Por citar uno de ellos: Arthur Miller (*El crisol*).